

## EL ANÁLISIS CUALITATIVO APLICADO A LA INVESTIGACIÓN EDUCATIVA

---

JORGE BARTOLUCCI

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM

**RESUMEN:** El objetivo de esta ponencia es compartir un modo específico de observar y analizar sociológicamente los fenómenos educativos con un enfoque cualitativo. En sentido estricto, lo cualitativo aquí no representa un conjunto de procedimientos para obtener datos que adquiere identidad en oposición a lo cuantitativo; en cambio, significa que tiene la virtud de extraer la **tonalidad cualitativa** de los fenómenos sociales. El punto de partida es la premisa weberiana de que la realidad social es un ente que no tiene sentido propio fuera del que le dan los sujetos que la producen y reproducen. La profundidad teórica que encierra esta premisa sugiere que los fenómenos sociales han de ser concebidos

como entrecruzamiento de acciones realizadas por individuos que comparten determinados contextos históricos, sociales, económicos, políticos y culturales y los perciben, valoran, representan y significan desde posiciones sociales y puntos de vista diferentes. Desde este punto de vista el estudio de la sociedad **siempre remite a fenómenos de naturaleza cualitativa**. Por consiguiente, lo importante no es tanto el tipo de fuentes en las que se base la investigación, como el hecho de saber trazar una estrategia analítica que permita captar dichos sentidos, valores y significados.

**PALABRAS CLAVE:** Análisis Cualitativo, Sociología, Investigación Educativa.

Vulgarmente, el análisis cualitativo se identifica con algunos procedimientos y operaciones técnicas usadas para recabar información que se diferencian de otros considerados cuantitativos. En cambio, desde la postura sociológica señalada la diferencia radica más en un asunto de naturaleza teórica que técnica. Se trata en efecto de un modo específico de encarar el mundo empírico, pero con una estrategia analítica, es decir, teórica, que permita observar y analizar los hechos sociales sin perder de vista el cimiento básico de la vida social: la interacción significativa entre individuos que persiguen fines diversos y cuentan con recursos y marcos de referencia acordes a los intereses y percepciones particulares que han ido forjando a lo largo de su experiencia vital.

Una estrategia analítica de este tipo requiere, ante todo, hacer a un lado la tentación intelectual de recurrir a las generalizaciones sociales para explicar mecánica, directa y unilateralmente lo observado. De no hacerlo, es inevitable caer constantemente en ilusiones simplificadoras de la realidad social. Los factores sociales no están escindidos

de las problemáticas individuales, son hechos vivos que están presentes en la realidad cotidiana de las personas. Acordemos con Wright Mills que cuando las clases suben o bajan, un hombre tiene trabajo o no lo tiene, cuando la proporción de las inversiones aumenta o disminuye, un hombre toma nuevos alicentos o se arruina, cuando sobrevienen guerras, un agente de seguros se convierte en un lanzador de cohetes, un oficinista en un experto en radar, las mujeres viven solas y los niños crecen sin padre. Ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad son comprensibles sin relacionar ambos niveles de la realidad.<sup>1</sup>

En correspondencia con el pensamiento de Mills, en lugar de explicar la conducta humana como producto mecánico de la obediencia o de la presión de las circunstancias estructurales, se plantea la necesidad de considerar dichas generalidades a partir de la forma como son o fueron registradas y representadas socialmente por los propios sujetos. Indefectiblemente, el ejercicio de la significación de la realidad social representa un margen de libertad que, por mínima que sea, pone de manifiesto una elección mediante la cual, las personas toman las oportunidades que se les presentan en el marco de las restricciones que les son inherentes. Los factores sociales se observan así, bajo la luz de una construcción significativa sobre lo que pudiera ser pertinente y con tal base, aceptable y deseable, para sujetos situados socialmente.

Asumamos que al no ser determinada la conducta social nunca es completamente previsible; por el contrario, es siempre contingente. Los protagonistas de cualquier hecho social son personas que en su vida cotidiana se ven obligados a responder a las demandas que se derivan de realidades personales que, por simples que parezcan, son siempre complejas. Al perder de vista esta obviedad el observador queda situado frente a sus protagonistas como si sus vidas se redujeran al cariz particular que motiva su interés cognoscitivo, convirtiéndolos exclusivamente en estudiantes, maestros, científicos, obreros o empresarios, por mencionar algunos. Lo más grave del caso es que observados fuera de su contexto social real, la actuación de los sujetos siempre es entendida como respuesta a las determinaciones unilaterales que impone el sistema social de referencia. Perspectiva teórica que impide distinguir el valor y el significado que los sujetos le otorgan a la parte de su realidad que cae dentro de nuestro objeto de estudio y comprender el sentido que asume para ellos en el complejo de sus respectivas problemáticas de vida.

Los estudios de Michel Crozier sobre las organizaciones complejas subrayan que el hombre no puede ser considerado como si fuera “una mano”, supuesto implícitamente por

la teoría tayloriana de organización, ni tampoco como “una mano y un corazón”, como proclaman los que abogan por el movimiento de las relaciones humanas. Antes que nada, el hombre es una cabeza, es decir libertad; o, dicho en otros términos, una persona con relativa autonomía, capaz de calcular y de enfrentarse a diversas situaciones manipulando recursos a su alcance para lograr lo que considere más conveniente desde su perspectiva; capaz de adaptarse y de inventar alternativas en función de las circunstancias y de los movimientos de los demás. Incluso en situaciones de clara dependencia y represión, los hombres no sólo no se adaptan pasivamente a las circunstancias, sino que son capaces de maniobrar con ellas, utilizarlas de manera activa y sacar el mayor provecho.<sup>2</sup>

La sociedad es el reino de las relaciones de poder, de influencia, de regateo y de cálculo, pero no por ello, es el instrumento de opresión que muchos pretenden que sea; estas relaciones conflictivas no se ordenan según un esquema lógico integrado. Si admitimos que en toda sociedad, el hombre dispone de un margen de libertad teóricamente irreducible para perseguir ciertos fines y hacer valer determinados intereses, es ilusorio querer buscar la explicación de sus comportamientos empíricamente observable, en otro lugar que no sea la forma particular bajo la cual éste haya pasado a formar parte del tramado social al que se halla interconectado. La sociedad no puede analizarse como el conjunto transparente que tan frecuentemente se quiere ver. Para todos, es el medio de manifestarse y de hacer pesar sus posiciones, valores e intereses aunque sea de manera completamente desigual.

Pero los méritos del trabajo de Crozier van más allá, pues advierten sobre lo arriesgado que puede resultar desde el punto de vista sociológico, invertir completamente el enfoque y tratar de comprender la relación entre los individuos y la sociedad a partir exclusivamente del individuo. Esa es una salida falsa que lleva a concebir indebidamente la relación que mantienen los individuos con la sociedad, y hacer de ella un ente abstracto, donde sus miembros actúan separadamente unos de otros.

Otra forma de simplificar la realidad social consiste en estudiar el encuentro entre el individuo y la sociedad, no en términos de la constitución significativa de la misma, sino a partir de un esquema económico de mercado, donde se supone que el individuo intenta obtener la retribución que considera merecer en función de la contribución prestada. Todas las observaciones hechas por Crozier muestran que éste no se determina de ninguna manera en función de un balance de este tipo, entre lo que da y recibe, sino en

función de las oportunidades que distingue de la situación y de sus capacidades para aspirar o asirse o no a ellas.

Al aislar a los actores sociales, ambas opciones analíticas conducen a otorgarles una libertad y una racionalidad ilimitada y a tratarlos de hecho como actores soberanos y racionales que negocian libremente las condiciones de su participación en la sociedad. Los hombres no tienen más que una libertad restringida y sólo son capaces, correlativamente de una racionalidad limitada. Dicho de otro modo, los actores sociales, su libertad, su racionalidad, sus intereses y necesidades, son construcciones sociales y no entidades abstractas. El problema es entonces plantear la investigación de manera tal que permita descubrir las condiciones materiales, estructurales y humanas del contexto real que limitan y definen esta libertad y esta racionalidad y de ahí deducir el sentido empíricamente observable.

La sociedad siempre debe considerarse como resultado de un conjunto de interacciones con significado compartido bajo condiciones siempre limitadas y contingentes. Y se ha dicho que toda sociedad es una construcción humana y no tiene sentido más allá de la relación que han establecido sus integrantes, alrededor de algo cuyo valor e interés depende de puntos de vista diferentes. Así pues, resulta inadecuado exagerar o ignorar la libertad y la racionalidad del actor, para restringirla o ampliarla después de manera arbitraria y abstracta. Lo más eficaz es equilibrar el planteamiento para reconstruir la racionalidad y la libertad del sujeto, ligando su conducta al contexto dentro del cual se le observa, y buscar explicaciones a partir de los mecanismos concretos de interacción, que también son contingentes y que mantienen la sociedad como un conjunto integrado.

Lo esencial viene siendo la génesis y reproducción de esa construcción humana, cuya constitución responde a innumerables necesidades y a intereses, recursos y oportunidades variables. Rara vez existen objetivos claros al respecto, y menos todavía proyectos coherentes. Estos tienden a ser múltiples, bastante ambiguos, más o menos explícitos y generalmente contradictorios. En el camino se rechazan algunos, sobre la marcha se descubren otros y después, aunque más no sea en respuesta a las consecuencias imprevisibles de su acción, es obligado reconsiderar las posiciones y reajustar la mira.

Sería falso concebir el comportamiento social exclusivamente como reflexivo, pero el hecho de que no se le pueda relacionar con objetivos claros, no significa que no sea

racional en alguna medida; todo lo contrario. El comportamiento social siempre es un comportamiento que lleva adherido un sentido. En lugar de ser racional con arreglo a ciertos objetivos, lo es en parte con relación al proceso que lo llevó a enfrentarse con el contexto de oportunidades que percibe para él y en relación al comportamiento de los demás actores con los que interactúa, y del juego de poder que se establece entre ellos.

El enfoque esbozado sobre la base de estas premisas teóricas es tan útil para entender la situación bajo la cual las personas consideran que la acción ejecutada o proyectada es viable, como para entender, en parte, sus alcances. Entendemos el comportamiento social al meditar sobre la perspectiva bajo la cual se alcanza a percibir el orden social de determinadas maneras, según las circunstancias históricas, del grupo social al que pertenecen, al lugar que ocupan en el medio social donde la persona se desenvuelve. O sea, de su biografía social.<sup>3</sup> Toda acción ejecutada o planeada se entiende como resultado de una valoración de lo que es pertinente, viable, accesible, deseable y aceptable para quien se percibe a sí mismo y a su relación con otros de determinada manera. Es en ese marco u “horizonte significativo de oportunidad”, parafraseando a Schutz,<sup>4</sup> donde se conforman tanto las decisiones como los deseos o aspiraciones.

Toda decisión relativa a un proyecto se basa en el supuesto de que cualquier acción que suceda dentro del sector del mundo bajo nuestro control real o potencial será practicable. Según la forma como nos representemos una posición en la sociedad frente a la de los demás, habrá cosas que desde esa perspectiva parezcan estar o no a nuestro alcance. Tal vez estuvieron antes y podrían estarlo nuevamente, o bien nunca lo han estado y están al alcance de otro semejante, pero podrían estarlo si intercambiáramos de lugar con aquél. Sea como fuere, existe una selección de cosas y aspectos de las cosas que son significativos para las personas en cualquier momento dado, mientras que otras no interesan o están fuera de su vista y posibilidades. La forma en la que las personas se sitúan en torno de algún objeto de interés común, sobre la base de necesidades, valores, intereses, recursos y oportunidades diferentes, significa la realidad y determina la naturaleza de su interacción.

En todo ello se hacen presentes tanto aquellos motivos que habitualmente discernimos, como otros, igual o incluso más contundentes, sobre los cuales no es común reflexionar pero que operan como potentes directrices de acción. Lo que cada quien reconoce como fin de su comportamiento social es lo que conscientemente lo motiva actuar. Es ese estado de cosas previamente imaginado que debe ser alcanzado por una acción futura.

Pero existe otra clase de motivos, sociológicamente mucho más substanciosos, que aluden a las experiencias registradas a lo largo de la vida que pueden llevar a alguien a actuar de la forma en que lo hace. Se refiere a la sedimentación de todas aquellas experiencias sociales registradas, valoradas e interpretadas subjetivamente. Es raro que ese cúmulo de experiencias vitales sea visualizado por el sujeto. Generalmente, lo que tiene en vista es el motivo inmediato de su acción; las motivaciones que subyacen a la historia de vida, y sobre las cuales se basan las decisiones, expectativas y aspiraciones es revelado solamente a la observación retrospectiva.<sup>5</sup> Aquí es donde se localiza la veta más rica del análisis sociológico.

## Conclusión

Los hechos sociales son realidades que emergen del entrecruzamiento de acciones intencionales llevadas a cabo bajo circunstancias históricas que son registradas e interpretadas desde puntos de vista diferentes. Tales acciones expresan las limitaciones y posibilidades que los protagonistas, en su afán, perciben como parte consustancial de su realidad social más o menos inmediata. La idea subyacente en esta ponencia, es que su participación y grado de incidencia en la evolución de un proceso histórico y social, ha de tener bastante que ver con las diversas representaciones que los participantes construyen sobre las condiciones culturales, políticas, sociales, intelectuales y económicas que los afectan.

El manejo de la información recabada con fines cognoscitivos tiene como objeto medular, primero, revelar el sentido y significado de la conducta social de los sujetos involucrados, y segundo, configurar la situación analizada mediante el entrecruzamiento de las líneas trazadas desde diferentes puntos de vista implicados en la trama. Para que la reconstrucción de los hechos adquiera mayor densidad, en la medida de lo posible, es provechoso que la investigación de campo y la documental se sostengan una a la otra y se refieran mutuamente; de tal modo que ambas apuntalen el propósito de captar la historia haciéndose. Por último, a fin de contar con referentes que permitan establecer relaciones entre el tiempo corto y el largo, entre el acontecimiento y la estructura, la información obtenida por vía documental o directa ha de ser contextualizada en el marco de procesos sociales, políticos y económicos de mayor alcance y duración.

Al hablar de contexto no me refiero a la costumbre tan arraigada en los medios escolares, de introducir esa dimensión de la realidad como mero antecedente histórico del problema de investigación; o bien, para tender un telón de fondo que solo sirve para darle ubicuidad al movimiento de los hechos y personajes más cercanos. Hemos visto que individuo, sociedad, proceso y contexto son partes constitutivas del mismo tejido social elaborado con base en la interacción significativa de los participantes. En términos operativos, esta premisa teórica está obligada a cumplir con el mandato de no aislar al actor de la sociedad ni del proceso social en el que participa, y a buscar la racionalidad de su acción en el contexto social dentro del cual transcurren sus vivencias. La trama resultante de este procedimiento analítico es la única vía válida que faculta al investigador a escalar dimensiones histórico-sociales superiores en procura de una reconstrucción más compleja de su objeto de estudio.

Para quienes nos dedicamos a la historia de la educación y de la ciencia, esta perspectiva teórica es particularmente indicada. No solo por ser la vía más idónea para llegar a aumentar nuestro conocimiento sobre las bases sociales que sostienen nuestros sistemas educativos, sino también para justipreciar debidamente las posibilidades reales de cambio. Difícilmente podremos darle una solución directa y efectiva a los problemas presentados por la educación si no alcanzamos a entender la estructura social que la sostiene y los patrones de acción que desde la misma se reproducen sistemáticamente.

## Notas

1. Wright Mills, La imaginación sociológica, Fondo de Cultura Económica, México, 1975

2. Michel Crozier, El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva., Editorial Alianza, 1990.

3. Alfred Schutz, El problema de la realidad social, Amorrortu, Bs. As. 1974, Pág., 50.

4. Ibidem

5. Alfred Schutz, El problema de la realidad social, Amorrortu, Bs. As., Pág., 40.